

## ***Tantos y tan distintos desfiles militares***

**Luis Pásara**

*Y viene ahora el paso de la aguerrida División Blindada del Ejército Peruano que, dotada del armamento más moderno... Difícil resulta precisar a la distancia de unos treinta y cinco años qué elemento de la puesta en escena era el que provocaba la emoción más conmovedora. Tal vez lo recio del paso de los soldados, o quizá el tono inflamado del locutor que los anunciaba, sin descartar el remezón físico ocasionado por los blindados. Pero no, lo más emocionante eran las bandas militares.*

Mi padre me había enseñado calladamente a disimular las emociones. Apenas me regalo tardíamente una excepción el último día que estuvimos juntos, cuando se le congestionó la mirada al verme de nuevo, luego de comprobar que había vuelto justo a tiempo, antes de su muerte. Pero, en ese día - y demasiados después - yo había sido un buen alumno de sus clases cotidianas de economía afectiva. Que él aprendió, no sé si con la rígida abuela o con los ingleses del Ferrocarril Central, donde sus compañeros de trabajo dieron por sentado que se jubilaría ineludiblemente al cumplir 35 años de servicios, sin días de enfermedad, y para que su jefatura quedara libre le organizaron una generosa despedida que él, aunque se quedara en la calle con una estrecha pensión, tuvo la dignidad de aceptar, sin mostrar la herida ocasionada.

El hecho es que yo no me atrevía a poner abiertamente de manifiesto mi interés por ir al Campo de Marte los 29 de julio, en el día del desfile militar. Pero quería ir y mi padre me llevaba, porque lo intuía o porque también a él lo conmovía el paso de estandartes y tropas. Acaso también él creía descubrir, por fin, en el desfile un signo certero de la existencia de este país tan difícil de asir de otras maneras.

El 29 de julio de 1988 fue para mí muy distinto, pese a estar en Lima, que no es mi ciudad de residencia actual. Y las diferencias seguramente tienen mucho que ver conmigo, pero también con la puesta en escena. Los soldados siguen marchando marcialmente, aunque los uniformes han sufrido algunos cambios. Los blindados son más grandes y el armamento luce más complejo. Pero la música es la misma y la entonación del locutor es idéntica *...que protege celosamente nuestras fronteras de las acechanzas de cualquier enemigo que osara mancillar el territorio...*

## II

*Fruto de la prudente política de renovación del armamento obsoleto, con templamos ahora los aviones de combate recién adquiridos por nuestra Fuerza Aérea que permiten, día y noche... ¿Qué es entonces lo que ha cambiado en estos años? Tratándose del Perú, la pregunta debería ser, mas bien, que es lo que no ha cambiado. Y no es que al ver a Alan García presidiendo la ceremonia, yo intentara el contraste con los gobernantes de turno en mis desfiles de infancia. Ni siquiera los recuerdo. Acaso estos militares no son los mismos.*

- ¿Crees que los milicos se esperan un manotazo de Sendero Luminoso? ¿Y si no, por que hacer en el centro de la ciudad el desfile? Es, como dicen, «por razones de seguridad».

Claro, y por eso pedían documentos de identidad al cruzar el resguardado perímetro del centro. Deben temerse que los *terrucos* les cobren tanta tortura y tanto muerto.

Cuando el desfile era en el Campo de Marte, que de allí adquirió el nombre y una ahora inútil tribuna donde se ubicaban los invitados, todo era muy distinto. Como que todo era mas en serio. En cambio, hace unos años comprobé con asombro que el público situado lejos de la tribuna de honor - cuando, en una etapa intermedia de mi historia, el desfile se realizaba en una de las grandes avenidas de Lima - reclamaba a los soldados que marcharan. Al parecer, la tropa se sentía obligada al paso marcial solo ante la tribuna. Después, caminaban. Un presagio de tiempos de «cada uno a la suya» como los que vive hoy el Perú, que no se presentían en mi infancia.

En esa etapa intermedia ocurrió Velasco. Es decir, el gobierno de un general que había sido soldado y un día echó del Palacio de Gobierno al civil que, para ser elegido en 1963, había prometido reformas sociales y económicas que no llevo a cabo. Nunca fueron más aplaudidos los desfiles militares (¿o me parece?). Es lo que creo, porque yo mismo aplaudí que Velasco también echara a la Standard Oil que explotaba el petróleo a cambio de impuestos de monto ridículo, y que echara a los terratenientes que eran señores de horca y cuchillo para multitudes indígenas que guardaban en sus haciendas. Cuando, después de todo eso, el Perú no quedo mejor, tuvo que pensarlo todo otra vez. No sé si mis compatriotas lo han pensado de nuevo o, como indican las encuestas, siguen pensando que el de Velasco fue el

mejor gobierno de este siglo... *mantener una vigilancia permanente, siempre pronta para cuando la patria lo requiera.*

### III

*...Los valientes soldados de infantería que, siguiendo el ejemplo de Cáceres en la Breña, no están dispuestos a abandonarse al cansancio si el enemigo...* Velasco sostuvo que el enemigo era la pobreza. Igual tesis planteó Alan García y, por eso, cuando anunció - un día antes de su primer desfile, el 28 de julio de 1985 - que se destinaría al pago de la deuda externa sólo el equivalente al 10 por ciento de nuestras exportaciones, nos emocionamos tanto como en un desfile de los viejos tiempos.

Como nos habíamos emocionado el 24 de junio de 1969, cuando Velasco anunció la ley de reforma agraria con la proclama: «Campesino: el patrón no comerá más de tu pobreza». En los hechos el campesino tuvo que comer solo su pobreza, la que resulto de una reforma agraria que no logro sus propósitos. Dos décadas después, el Perú tiene que comer su propia pobreza y ha vuelto a negociar con el Fondo Monetario, pidiéndole que acepte su vuelta al redil de los deudores que prometen pagar puntualmente.

¿Entonces es que, mas bien, nada cambia en el Perú? Miremos el desfile. Los soldados siguen siendo los cholos, sus rostros se parecen a aquellos indios que Pizarro venció con audacia, pólvora y caballos en Cajamarca. Los pizarros, en cambio, nunca hicimos el servicio militar obligatorio, amparados en excusas legales o la simple tarjeta de recomendación.

Y, además, al mirar a los oficiales uno comprueba que mantiene actualidad el cuento aquél que describe la ilusión de un niño que veía cada desfile militar con la esperanza de llegar a ser oficial, hasta que tuvo la edad suficiente para darse cuenta de que no había negros entre la oficialidad de las fuerzas armadas peruanas. Sigue siendo así, pero cuando un izquierdista nuestro quiere impugnar facilonamente a Estados Unidos trae a cuento la discriminación racial. En eso no hemos cambiado: no nos conocemos.

Asimismo, seguimos sin entender a ese otro ejército que no desfila y al cual probablemente teme el que sí desfila. Sendero. Cuyos soldados, a juzgar por los detenidos antes de que se llevara a cabo el exterminio en las prisiones - en junio de 1976 -, tienen un aspecto similar al de los integrantes del ejército que sí desfila. Unos y otros son cholos.

¿También unos y otros serán jóvenes hijos de migrantes sin horizonte, sin lugar en una economía en colapso? Acaso la similitud es lo que preocupa a los mandos de las fuerzas armadas, porque sugiere - o acaso anuncia - la posible infiltración.

- ¿Te enteraste que hace tres meses un soldadito que había prestado servicio en Ayacucho fue detenido en Lima, corriendo cerca del diario *La República*, donde acababa de dejarse un paquete explosivo?

- Los rumores dicen que no es el único caso. ¡Cómo estar tranquilo en este desfile!

La multitud que asiste a este desfile en 1988, sin embargo, no sólo esta tranquila sino entusiasmada. Algunos han venido desde muy temprano para asegurarse un lugar desde el cual ver bien a las tropas. Otros han tenido que comprar el lugar a quienes se procuraron así algún dinero en esta ciudad de miseria y vendedores ambulantes de cualquier cosa. Y hubo quienes, impedidos por los controles militares, no lograron pasar por los puentes que, sobre el Rimac, unen el centro de la capital con los barrios del norte. La televisión los mostró arriesgándose por el río - en julio no hay crecidas - con tal de llegar a ver el desfile, no contentos con lo que podrían haber visto en sus televisores, que transmiten la ceremonia en directo... *Y el aplauso que mercedamente reciben estos húsares, que visten el victorioso uniforme que llevaban aquellos heroicos hombres que en los campos de Junín y Ayacucho...*

#### IV

*...Ahora es el batallón antisubversivo de la Guardia Republicana que, adiestrado para enfrentar los mayores peligros, combate la violencia homicida de quienes son guiados sólo por el odio para destruir nuestras instituciones tutelares...* En esta ancha avenida de Lima desemboca el desfile, una vez que ha pasado por la Plaza de Armas, donde ahora está la tribuna oficial. Allí los ha visto pasar Alan García, que este 29 de julio luce su terno azul como siempre y saluda llevándose la mano a la frente, como si fuera oficial - por algo una vez le puso un extraño uniforme al cargo constitucional de «comandante en jefe de las fuerzas armadas» -, pero dedica algunas sonrisas a sus hijos, que lo acompañan.

Su rostro esta contraído, sin embargo. Acaso se deba a que esa mañana se ha confirmado que el cadáver hallado 24 horas antes, cerca de una playa limeña, es el de un abogado defensor de senderistas. Y el asesinato ha sido reivindicado por un comando que anuncia venganza por cada autoridad o policía que los subversivos maten. ¿O ha sido al paso de los guardias republicanos que su rostro se agrió? Tal vez ha recordado la ejecución de 150 presos por terrorismo que en un penal de

Lima llevaron a cabo hombres de este uniforme, comandados por un coronel del cuerpo, pero supervisados por un general del Ejército. Quizá ha sufrido un escalofrío al recordar que la oposición ha propuesto posponer el enjuiciamiento del presidente, por su responsabilidad en esos hechos, hasta que termine su mandato en 1990, cuando la Constitución lo permite.

El presidente contempla el desfile y tal vez esté pensando que esas tropas se enfrentaran abiertamente en una guerra civil. ¿Por qué usar el tiempo futuro para el verbo? ¿Acaso 11.500 muertos desde mayo de 1980, contabilizados por la comisión senatorial que se ocupa del tema de la violencia, no son suficientes? ¿Cuántos muertos más son necesarios para que los peruanos admitamos que el país vive una guerra civil? ¿Qué tipos de desfile nos convencerán de que el Perú está desangrándose por mano compatriota?

En nada de esto, en cambio, parecen pensar quienes saludan y aplauden a los soldados en la avenida ancha. Dudo que sus emociones sean las mismas que las que fueron mías y he atribuido aventuradamente a mi padre. ¿O es que ellos también aplauden en las tropas la más concreta imagen de un país en erosión acelerada? ¿Se aferran a unos cuantos símbolos de aquello que precisamente está en cuestión? ¿O tal vez es sólo que el pueblo civil aplaude al pueblo uniformado? Pero no como quería Velasco, en su abortado «binomio pueblo-fuerza armada», sino tal vez porque entre los pobres de Lima todos tienen un pariente que «sirve a la patria», como dice la letra de un vals criollo que, olvidado en medio de una andinización cultural caída sobre Lima, ya no se canta.

- Pero, si hoy el pueblo teme a las fuerzas armadas, ¿por qué aplaudir el paso de los soldados? ¿Sólo por festejar a los suyos?

Cuando era niño, de tiempo en tiempo escuchaba a los mayores pasar revista a las varias derrotas militares. En la lista sólo hay una excepción que no compensa la regla; aquello que púdicamente en el Perú se denomina «la Campaña de 1941». Nuestras tropas tomaron la Amazonía, pero el Protocolo firmado por Ecuador en Río no evita que se llame «país amazónico», que sus presidentes hablen de vez en cuando de «una herida abierta», y que periódicamente ocurra algún enfrentamiento. Episodios sangrientos, sin consecuencias mayores, pero que - antes de Sendero - eran útiles para acallar a quienes se oponían a lo crecido de los gastos militares. El último ocurrió en 1981, con funestas consecuencias para nuestra deuda externa, que engordó aún más debido a las compras de armas que nuestros militares consideraron urgentes.

Los oficiales tampoco deben saber con certeza el porqué de los aplausos. Con Velasco intentaron una revolución, que ciertamente fracasó en sus metas: no solucionó algunos de los problemas más importantes y creó otros. Aparte de la deuda, que creció luego hasta hacerse impagable, heredamos de Velasco un Estado enorme, ineficiente y corrupto. Los militares creían que fortalecer la sociedad equivalía a hacer crecer el Estado. Ahí está el resultado.

Después de Velasco vino Morales Bermúdez y el desfile empeoró. Es decir, Morales decidió dismantelar lo hecho por Velasco. Para ello consideró indispensable apoyarse en la represión: estado de emergencia, suspensión de garantías y toque de queda. Decenas de muertos casualmente por una patrulla que durante la noche dio un «alto» no escuchado por las víctimas. Miles de dirigentes sindicales despedidos por llevar a cabo en julio de 1977 el primer paro nacional de nuestra historia, en protesta contra el estado de cosas prevaleciente. Morales tuvo que convocar a elecciones para una Asamblea Constituyente. Intentó años después una candidatura presidencial e hizo el ridículo.

Los militares actuales dicen respetar la Constitución. En ese desfile estamos, pero «el síndrome Sendero» tiene efectos impredecibles. Las fuerzas armadas tienen ahora servicios de psiquiatría especializados para quienes regresan de zonas declaradas en emergencia dentro de la lucha antisubversiva. Ni siquiera ese apoyo le resultó suficiente a un anónimo oficial de la infantería de marina quien, unos meses después de que gentes de su arma mataran a unos cien presos por terrorismo en la isla-penal de El Frontón, dio a Amnistía Internacional una versión de los sucesos muy distinta a la que públicamente había ofrecido su comando. Un cierto número de oficiales declaran tener doble pasaporte, luego de haber solicitado a España o Italia la nacionalidad de sus abuelos. Otros esperan la visa canadiense de inmigrantes. Las fuerzas armadas lucen más dispuestas a la desbandada que al desfile *...Valientes y disciplinados, formados en el ejemplo de don Miguel Grau, el Caballero de los Mares, aquí están nuestros infantes de marina, hombres que hoy enfrentan sin temores a los delincuentes subversivos que, como un cáncer...*

## V

*A continuación, es el comando de las recientemente unificadas Fuerzas Policiales quien abre el desfile de este agrupamiento, sobre cuyas fuerzas descansa la seguridad ciudadana. El Estado, no el país, es lo que está disolviéndose, en medio de una corrupción en la cual cada día es más difícil distinguir quien representa a la ley. Pero el proceso*

terminará acaso despiezando al país. Por eso, en las conversaciones de sobremesa se especula en Lima acerca de cual es el futuro que aguarda al Perú.

- Hasta las cárceles están fuera del control de las autoridades. Para no hablar del campo, donde el narcotráfico y los movimientos subversivos pronto lograrán que los actuales bolsones de territorio bajo su control queden totalmente desconectados del gobierno.

- No estamos muy lejos de eso. Te lo digo yo, que por mi trabajo viajo frecuentemente al interior. Vamos a llegar a lo que imaginó Vargas Llosa en «Historia de Mayta», y los países vecinos se lanzarán entonces a disputar pedazos de nuestro territorio.

Si se siguen las fantasías de los ciudadanos de un país en derrota, en las cuales se atribuye a los países limítrofes una insaciable codicia sobre el territorio peruano, debemos aceptar la predicción formulada por Abimael Guzmán, líder máximo de la subversión: los presuntos invasores tendrán que vérselas con Sendero. Quien se hace llamar «Presidente Gonzalo» formuló su predicción a fines de julio de 1988, en una extensa entrevista periodística que, ciertamente, mereció mas atención, análisis y comentarios que el mensaje anual del Presidente García, presentado al Congreso y transmitido por radio y televisión al país esa misma semana.

Pero la imaginación de los limeños se pregunta por lo que pasará entonces. ¿Intervendrá Estados Unidos? Acaso alguien sueñe con el desfile de «marines» al desembarcar en el Callao. ¿Que actitud adoptar cuando sean soldados extranjeros quienes enfrenten a Sendero? Se dice que un importante grupo capitalista nacional proclamó durante la guerra del Pacífico: «Primero los chilenos que Piérola», mostrando así su rechazo al caudillo populista que afectaba sus intereses económicos. Entre la burguesía peruana que viaja a Miami con creciente y desesperada frecuencia, ¿habrá quien proclame: «Primero los brasileños que Sendero»? ...*Enhiesto, en manos de estas tropas de élite, desfila ahora el sagrado bicolor nacional, el mismo por el cual Alfonso Ugarte entregó su vida en Arica, el mismo que defendió gallardamente nuestro...*

## VI

*Toca ahora cerrar la impresionante parada militar de este año de la regionalización en el Perú al agrupamiento del Colegio Militar Leoncio Prado, auténtico semillero de peruanidad...* Cuando yo ya no asistía al desfile militar, apenas dejada mi

adolescencia, en el Perú se armó un lío descomunal. Acababa de llegar, impresa en España, una novela de un autor peruano casi desconocido, que contaba la vida en el colegio militar «Leoncio Prado». Los términos eran tan ofensivos para la tradición y el honor castrenses, que el director del colegio organizó una hoguera inquisitorial en la cual quemó cierto número de ejemplares del texto subversivo. El editor de «La Ciudad y los Perros», de Vargas Llosa, debió celebrar la quemazón con un nuevo tiraje.

De eso hace mas de veinte años. Los militares andan hoy desvelados por Sendero y, en el esfuerzo, lo que queman no son novelas. Si duermen mal no es porque su honor haya sido puesto en cuestión por un novelista, sino debido a que la subversión está ganando la guerra, pese a los muchos muertos con los cuales le hacen pagar la victoria. Entre tanto, Vargas Llosa ha decidido llevar su imagen y su fuerza públicas a la política, al parecer impelido por una responsabilidad moral: la de evitar que en el país de veras ocurra lo que él imaginó al escribir su «Historia de Mayta». Para él, que gane la Izquierda Unida - la otra fuerza que intenta heredar al Apra luego de su calamitoso fracaso de estos años - es tomar el camino de Mayta. La pregunta es si votar por un frente de derechas, cuya ineptitud ya demostrada en varios gobiernos no encuentra garantías de superación en la persona del notable escritor, no es también tomar el camino de Mayta.

- Mira compadre, fíjate en los políticos, ahí en la tribuna. Nosotros, con nuestros problemas y ellos haciendo sus cálculos, seguro acariciando ilusiones para la elección siguiente.

- Si hasta se dice que el propio Alan trama un autogolpe exculpatorio, que le abriría nuevamente un futuro político, luego de que pase sobre el país una dictadura sangrienta.

Los militares, en cambio, se sienten amenazados. Acosados por un enemigo cuyo rostro no ven sino muy tarde, cuando les dispara a quemarropa. En medio de una crisis económica sin precedentes, que en 1988 llevo a todos los indicadores económicos a niveles tan deprimentes como nadie había imaginado. ¿Cuál será, pues, su siguiente desfile? ¿Habrá otro desfile? ¿Será posible hacerlo? ...Y así, en señoras y señores, con la presencia de las más altas autoridades y de la ciudadanía, al retirarse el Presidente Constitucional de la República acompañado por la Marcha de Banderas, termina esta gran parada militar.